

# **LA CREMA DE LA CIENCIA FICCION**

**Los mejores cuentos  
elegidos por sus autores**

---

**Brian W. Aldiss**

**Isaac Asimov**

**Alfred Bester**

**Ben Bova**

**Ray Bradbury**

**John Brunner**

**L. Sprague de Camp**

**Terry Car**

**Arthur C. Clarke**

**Jack Dann**

**Alan Dean Foster**

**Harry Harrison**

**Ursula K. Le Guin**

**Barry N. Malzberg**

**Anne McCaffrey**

**Larry Niven**

**Doris Piserchia**

**Frederik Pohl**

**Robert Silverberg**

**Brian Stableford**

**A. E. van Vogt**

**Connie Willis**

**Gene Wolfe**

---

Estos cuentos fueron escritos entre 1929 y 1983, pero el periodo de tiempo en que se ubican las historias va mucho más allá en el pasado y aun mucho más allá hacia el futuro.

Curiosamente, aunque los cuentos de este volumen abarcan un período de tiempo tan enorme, más bien tienden a quedarse en casa en lo que se refiere al espacio. Diecisiete de ellos jamás salen del planeta tierra. Cuatro de los obras restantes no van más allá de los límites de nuestro propio sistema solar. Sólo tres de los cuentos que ustedes van a leer se aventuran más allá...

Éstas son historias del ayer, del hoy, del mañana; de aquí y del más allá. Son cuentos de la vida en sus muy diversas formas, de la tecnología, tanto benéfica como maligna, de aventura y romance, de muerte. En ellos hay robots y seres extraños, naves espaciales y científicos, distorsiones del tiempo y viajes temporales y de teleportación.

Veinticuatro de los más grandes autores de ciencia ficción, veinticuatro de las más grandes historias de ciencia ficción, con introducciones escritas por los autores mismos, donde explican cómo nacieron estas historias, por qué, y por qué las consideran sus mejores historias. Espero que las disfruten.

## Índice de contenido

Cubierta

La crema de la ciencia ficción

Agradecimientos

Introducción

Todas las lágrimas del mundo, por Brian W. Aldiss

La última pregunta, por Isaac Asimov

Los hombres que asesinaron a Mahoma, por Alfred Bester

Una pequeña amabilidad, por Ben Bova

Vendrán las lluvias suaves, por Ray Bradbury

Los totalmente ricos, por John Brunner

Combustión interna, por L. Sprague de Camp

El saltarín, por Gerry Carr

El tránsito de la Tierra, por Arthur C. Clarke

El naufragio, por Jack Dann

Por qué Johnny no puede acelerar, por Alan Dean Foster

Operación rescate, por Harry Harrison

Laberintos, por Ursula K. Le Guin

Una galaxia llamada Roma, por Barny N. Malzberg

La nave que cantaba, por Anne McCaffrey

El merodeador verde, por Larry Niven

Un día típico, por Doris Piserchia

El día un millón, por Frederik Pohl

Juegos de Capricornio, por Robert Silverberg

El ingeniero y el verdugo, por Brian Stableford

Biblioteca de películas, por A. E. van Vogt

El Expreso Cósmico, por Jack Williamson

Daisy, al sol, por Connie Willis

En el castillo del espejo, por Gene Wolfe

Notas

*Para Vicki, con amor*

## Agradecimientos

En primer lugar, mi más profundo agradecimiento a los autores, que eligieron los cuentos y escribieron introducciones para este volumen; sin su colaboración, estímulo y apoyo, *La Crema de la Ciencia Ficción* no habría sido posible. Entre los numerosos agentes con quienes traté durante el armado de esta colección tres en particular me brindaron una ayuda inapreciable: Virginia Kidd, Leslie Flood (de la Agencia Literaria P. J. Carmell) y Russ Galen (de Scott Meredith). Don Congdon y Larry Sterning fueron también muy amables y útiles. Mi agradecimiento a Liza Ernest y Florence Eichin de Doubleday & Company de Nueva York, a Paul Heskst de Colombo y a John Bunch, Frank Williams y a la Bahrain School de Manama, por sus muchas atenciones. Peter Pautz, secretario ejecutivo de Science Fiction Writers of America, me proporcionó una enorme cantidad de información importante, lo mismo que Edward D. Hoch. Finalmente mi gratitud y cariño a Vicki y Martha Jones, que compartieron su vida conmigo durante los seis meses de la gestación de *La Crema de la Ciencia Ficción*.

## Introducción

A principios de 1983, escribí a más de cien de los grandes autores vivos de ciencia ficción, invitándolos a seleccionar el mejor cuento de ciencia ficción que hubieran escrito, o el preferido por ellos o el que sentían como más representativo de su trabajo en el género, y a escribir una introducción para él.

Más de la mitad de estos autores respondieron a mi pedido. La mayoría envió un solo cuento corto como yo había pedido. Algunos enviaron dos o tres o más, sugiriendo que fuera yo quien hiciera la selección final. Arthur C. Clarke respondió con una reveladora autoevaluación de su obra de ciencia ficción que cito aquí con su permiso: «Me pides que mencione tres cuentos diferentes. Probablemente mi favorito es "Tránsito de la Tierra"; tal vez el mejor sea "The Nine Billion Names of God" o "The Star"; y creo que mi cuento más representativo es "The Sentinel". Te doy uno de yapa: "A Meeting With Medusa", tiene elementos de todos ellos... es uno de mis cuentos favoritos, uno de los mejores, y creo que muy representativo de mi obra». (Finalmente Clarke optó por «Tránsito de la Tierra», y en la introducción que escribió especialmente para este libro ya verán ustedes que lo considera el mejor).

Algunos de los cuentos que recibí eran demasiado largos como para incluirlos en esta colección. Alrededor de una docena de autores prometieron enviarme un cuento... y no lo hicieron. Y muchos no respondieron a mi carta. Pero a pesar de todo eso, recogí unas setecientas páginas de

material de primer nivel, cuarenta y nueve historias maravillosas elegidas y presentadas por los autores mismos. El libro completo será publicado en Holanda en dos volúmenes, pero para esta edición he condensado la antología hasta reducirla a aproximadamente la mitad de su tamaño original, para hacer un solo volumen, más manuable.

Las historias que presentamos aquí son veinticuatro de los más vigorosos cuentos de ciencia ficción que hayan sido escritos por veinticuatro de las más consagradas luminarias y los más promisorios nuevos autores del género, que abarcan toda la historia de la ciencia ficción desde el clásico de Jack Williamson de 1929 «El expreso cósmico» hasta «Una pequeña amabilidad» de 1983 por el Gran Ben Bova... pasando por cuentos de la década del cuarenta, del cincuenta, del sesenta y del setenta.

Estos cuentos fueron escritos entre 1929 y 1983, pero el periodo de tiempo en que se ubican las historias va mucho más allá en el pasado y aun mucho más allá hacia el futuro. «Los hombres que asesinaron a Mahoma» de Alfred Bester nos remonta al asesinato de George Washington en 1775, de Cristóbal Colón en 1489 y de Mahoma mismo en los años 599 y 598, mientras que Robert Silverberg nos lleva al año 1999, Ray Bradbury al año 2026, Frederik Pohl al millonésimo día de la Era Cristiana, es decir, alrededor del año 3000, y Brian W. Aldiss a la casi irreconocible «Ing land» del siglo LXXXIII.

Curiosamente, aunque los cuentos de este volumen abarcan un período de tiempo tan enorme, más bien tienden a «quedarse en casa» en lo que se refiere al espacio. Diecisiete de ellos jamás salen del planeta Tierra: suceden en la Florida de Gene Wolfe, en la California de Alan Dean Foster, en la Contadora de John Brunner, en la Yugoslavia de Harry Harrison, en la Grecia de Bova y en la «You-Rohp» de Aldiss. Cuatro de las obras restantes no van más allá de los límites de nuestro propio sistema solar: Terry Carr y Arthur C. Clarke nos llevan a Marte, Jack Williamson a Venus



y con Brian Stableford hacemos un viaje cataclísmico a bordo del asteroide Lamarck. Sólo tres de los cuentos que ustedes van a leer se aventuran más allá: «La nave que cantaba» de Ann McCaffrey nos lleva hasta los últimos confines de los Mundos Centrales, Barry Malzberg nos sumerge en la galaxia negra de una estrella neutrónica y, en «Una galaxia llamada Roma», Alicia Steimberg nos columpia entre el espacio y el tiempo, hasta el comienzo del fin del Universo.

Éstas son historias del ayer, del hoy, del mañana; de aquí y del más allá. Son cuentos de la vida en sus muy diversas formas, de la tecnología, tanto benéfica como maligna, de aventura y romance, de muerte. En ellos hay robots y seres extraños, naves espaciales y científicos, distorsiones del tiempo y viajes temporales y de teleportación. En estas páginas, además, leerán ustedes un relato de Larry Niven sobre el origen de la vida en la Tierra, y la impresionante crónica de Connie Willis del *fin* de la vida en la Tierra, y el retrato de Ray Bradbury de la decadencia que sigue al holocausto final.

Veinticuatro de los más grandes autores de ciencia ficción, veinticuatro de las más grandes historias de ciencia ficción... con introducciones totalmente nuevas escritas por los autores mismos, donde explican cómo nacieron estas historias, por qué, y por qué las consideran sus mejores historias. Espero que las disfruten.

Josh Pachter  
Diciembre de 1983

# Todas las lágrimas del mundo

Brian W. Aldiss

*Releer una historia escrita hace más de un cuarto de siglo es como mirar a los ojos a un extraño. Puede ser una experiencia perturbadora. «Todas las lágrimas del mundo» todavía me resulta perturbador, aunque la mayor parte de la ficción que escribí en esa época carece de valor actualmente.*

*Ésta fue una de las primeras historias que escribí después de que empezaron a publicarme. Ese período particular es siempre muy estimulante en la vida de un escritor: siente su poder y se da cuenta de que también otros comienzan a sentirlo. Si ha de convertirse en un escritor importante, en esa época encontrará —o ya habrá encontrado— la clase de tema sobre el que desea escribir, o sobre el que tiene que escribir durante el resto de su carrera.*

*En realidad, no hay muchos temas sobre los que valga la pena escribir, y la mayoría de esos temas es común a la ciencia ficción y al resto de la literatura: el amor, el nacimiento, la esperanza, la desilusión, la lucha, la muerte. Lo que distingue a un escritor de otro es el tratamiento de estos temas fundamentales.*

*Incluyo «la desilusión» en mi lista de temas fundamentales, porque reconozco que gran parte de mi propia ficción ha sido una triste comedia de la desilusión. Pero uno puede desilusionarse una y otra vez y sin embargo conservar la esperanza... suficiente esperanza, por lo menos, como para escribir sobre una nueva desilusión...*

*Esta pequeña historia señala el aislamiento entre las personas —un aislamiento incrementado por nuestra cultura tecnológica— y materializa ese aislamiento en un extraño romance. En la historia todo está relacionado con el carácter efímero de las cosas de este mundo. Hasta Inglaterra ha desaparecido.*

*Los lectores saben lo que los críticos olvidan: que mirar al dolor de frente produce un extraño consuelo, al menos en la ficción. El consuelo viene, además, de las yuxtaposiciones surrealistas que hay dentro de la historia... la desola-*

*ción combinada con lo que ahora llamamos alta tecnología, la exuberancia combinada con el desierto, la luz en contraste con la oscuridad, el conflicto de los impulsos de vida y de muerte. Todos los elementos que desde entonces viven en mi ficción están prolijamente presentados en esta temprana historia.*

*Recientemente he escrito otras historias muy emparentadas con ésta... tal vez vean la luz algún día...*

Era el último día del último verano del siglo LXXXIII d. C.

Tarareando en voz baja, a gran altura en la estratosfera, viajaba en su balsa J. Smithlao, de profesión psicodinamista, sobre el Sector 139 de Ing Land. Comenzó a descender. Bajaba oblicuamente, como zambulléndose, hasta que volvió a ponerse horizontal y quedó oscilando en el aire sobre la propiedad de Charles Gunpat, eligiendo su curso sin que Smithlao le prestara atención.

Para Smithlao ése era un trabajo de rutina. Iba, como psicodinamista de Gunpat, a hacerle un tratamiento de estímulo del odio. Su rostro moreno revelaba aburrimiento al mirar la réplica de los exteriores en sus telepantallas. Curiosamente, al hacerlo vio a un hombre que se aproximaba a pie a la propiedad de Gunpat.

—Debe de ser un loco —murmuró para sí.

Bajo la balsa que disminuía su velocidad, el paisaje era tan nítido como una heliografía. Los campos empobrecidos formaban rectángulos impecables. Aquí y allá, algún robot mantenía a la naturaleza en su propia imagen funcional: no se desgranaba una sola arveja sin supervisión cibernética: no llegaba ninguna abeja a los estambres sin que un radar controlara su vuelo. Cada pájaro tenía un número y una señal de llamada, y en cada ejército de hormigas marchaban las hormigas metálicas para transmitir información, contando los secretos del hormiguero hasta volver a la base. Cuando caía la lluvia, caía sobre un lugar predeterminado. El viejo y amable mundo de los factores azarosos había desaparecido bajo la presión del hambre.

Ningún ser vivo vivía sin control. Las enormes poblaciones de los siglos anteriores habían agotado la tierra. Sólo la

más estricta parsimonia, unida a un régimen sin piedad, producía suficiente alimento para la pequeña población actual. Los miles de millones habían muerto de hambre; los centenares que seguían vivos estaban al borde del hambre.

En la estéril prolijidad del paisaje, la propiedad de Gunpat parecía un insulto. Abarcaba dos hectáreas, era una pequeña isla de vida salvaje. Los álamos altos y desgreñados cercaban el perímetro, invadiendo el césped y la casa. La casa misma, la principal del Sector 139, estaba construida con grandes bloques de piedra. Tenía que ser fuerte para resistir el peso de los servimecanismos, que, aparte de Gunpat y su hija loca, Ployploy, eran sus únicos ocupantes.

Smithlao vio la figura humana que avanzaba a pie hacia la propiedad al descender con su balsa más abajo del nivel de los árboles. Por una enorme cantidad de razones, lo que veía era muy poco común. Como la gran riqueza material del mundo era compartida por comparativamente muy pocas personas, nadie era tan pobre como para tener que ir caminando a alguna parte. El creciente odio del hombre hacia la naturaleza, acicateado por la idea de que ella lo había traicionado, convertiría esa caminata en un castigo... a menos que esa persona fuera loca, como Ployploy.

Apartando la figura de sus pensamientos, Smithlao aterrizó con la balsa en una extensión de piedra frente a la casa. Se alegraba de bajar: era un día ventoso, y los altos cúmulos que había tenido que atravesar para descender estaban llenos de turbulencias. La casa de Gunpat, con las ventanas ciegas, las torres, las terrazas interminables, los adornos innecesarios y el enorme pórtico, le parecía una torta de bodas abandonada.

Su llegada estimuló una actividad inmediata. Robots de tres ruedas se acercaron a la balsa desde diferentes direcciones, blandiendo armas atómicas livianas al acercarse.

Nadie, pensó Smithlao, podía entrar en ese lugar sin ser invitado. Gunpat no era un hombre amable, ni siquiera considerando la poca amabilidad reinante en su época; la des-

gracia de tener una hija como Ployploy había servido para acentuar el lado más malhumorado de su temperamento melancólico.

—Identifíquese —exigió la máquina jefe. Era fea y chata, y recordaba vagamente a un sapo.

—Soy J. Smithlao, el psicodinamista de Charles Gunpat —replicó Smithlao; tenía que repetir ese procedimiento en cada visita. Mientras hablaba, mostraba su rostro a la máquina. La máquina hizo un ruido, al controlar la imagen y la información con la que tenía en su memoria. Finalmente dijo:

—Usted es J. Smithlao, el psicodinamista de Charles Gunpat. ¿Qué desea?

Maldiciendo su monstruosa lentitud, Smithlao respondió al robot:

—Tengo una cita con Charles Gunpat para administrarle un estímulo del odio, a las diez —y esperó que la máquina digiriera esta información.

—Usted tiene una cita con Charles Gunpat para administrarle un estímulo del odio, a las diez —confirmó el robot finalmente—. Sígame.

Echó a rodar con sorprendente gracia, hablando con los otros dos robots, tranquilizándolos, y repitiéndoles mecánicamente:

—Éste es J. Smithlao, el psicodinamista de Charles Gunpat. Tiene una cita con Charles Gunpat para administrarle un estímulo del odio, a las diez —... Por si no habían captado esos hechos.

Entretanto, Smithlao habló a su balsa. La parte de la cabina que lo contenía se separó del resto y apoyó las ruedas en el suelo, convirtiéndose en un sedán. En ese vehículo, Smithlao siguió a los otros robots hacia la casa grande.

Se levantaron las persianas automáticas que cubrían las ventanas y Smithlao se encontró en presencia de otros seres humanos. Sólo podía ver y ser visto por vía de las tele-